

Puerto Rico y España en los cincuenta (*Revista La Torre* 1953–1960)

María Beneyto

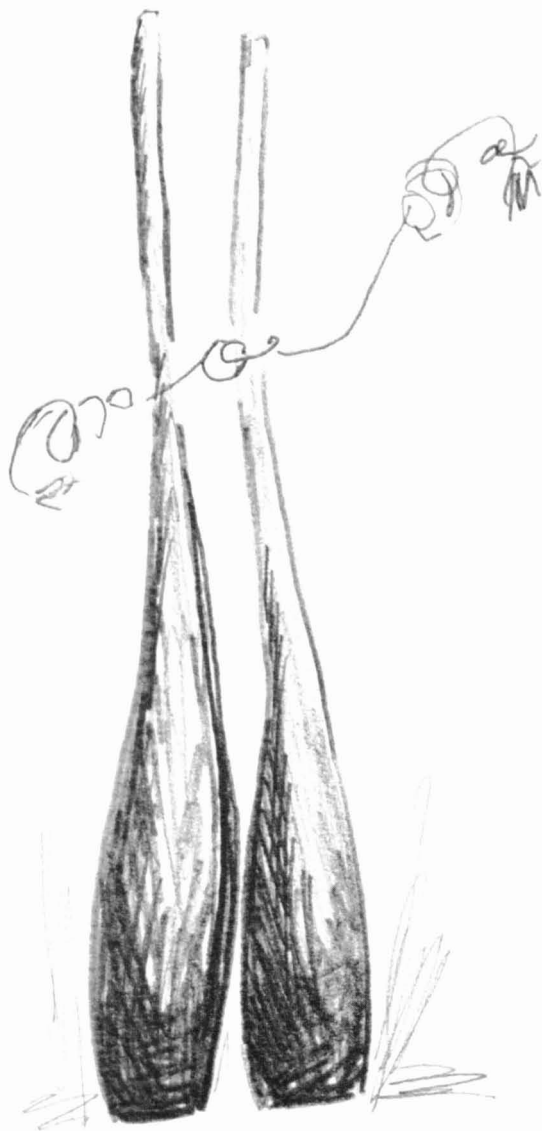
decir a estas alturas que Puerto Rico ha sido un país amigo de España y además solidario no revela nada nuevo; y decir que uno de nuestros mejores poetas del siglo XX eligió la isla como casa y lecho de sueño y de muerte, tierra a la que llamó "su isla simpática", tampoco revela nada desconocido; sin embargo, quiero hablar aquí de quiénes fueron las personas y cómo llevaron adelante esa tarea solidaria allá por los años cincuenta. He elegido esta década por ser la de la aparición de la revista *La Torre* —el nº 1 aparece en Enero de 1953— y por ser, en parte gracias a ello, el momento en el que se produce el despegue de la hasta entonces medio anémica actividad intelectual española, anemia producida por razones sobradamente conocidas que privaron de libertad al pueblo español.

El doctor Jaime Benítez, rector de la Universidad de Puerto Rico desde 1939, y durante más de dos décadas, discípulo de Ortega y amigo de los españoles, quiso renovar la Universidad, justo cuando ésta cumplía su cincuentenario y su rector estaba en pleno apogeo. Y éste apogeo algo tuvo que ver con su mirada a España y a sus intelectuales. Decía en su discurso de clausura del Cincuentenario de la creación de la Universidad de Puerto Rico: "Somos gente de cultura y tradición hispánica, preocupados por mantener vigentes en la realidad cotidiana y en la vida espiritual de nuestro pueblo los profundos valores de entendimiento humano, de dignidad, de creación y de denuedo que han caracterizado a las mejores expresiones de esa cultura y de esa tradición." (Benítez, 1953, 12)

Jaime Benítez repudió la prohibición de libertad en España pues, según él, los hombres cultos de su

época debían de tener la información y los conocimientos que les permitiera desarrollar un criterio preciso y justo para llevar a cabo sus decisiones, en la política, en la sociedad y en la cultura. Siguiendo ese pensamiento, dice en el discurso mencionado de clausura del Cincuentenario: "En Puerto Rico, nos encontramos con que la posibilidad de acción creadora se nos presenta más clara que nunca por los caminos de la libertad...[] Todo gran invento, todo gran secreto científico, toda verdad filosófica, toda revelación poética, se origina en la mente del hombre." (1953, 15–17) Algo hay en sus deseos que suena a Instituto Libre de Enseñanza y sobre todo a Ortega, según él: "Uno de los más grandes maestros y pensadores de la comunidad hispánica de la cual somos parte, quien ha sido a la vez uno de los grandes maestros de la Universidad de Puerto Rico... Desde hace más de veinte años, libros de don José Ortega y Gasset han sido textos obligados en cursos de Sociología y de Literatura y sus criterios filosóficos, artísticos, históricos, han brindado orientación y controversia al aula universitaria puertorriqueña" (Benítez, nºs 15–16, 1956, 2).

Efectivamente, para esta reforma Jaime Benítez creó la Facultad de Estudios Generales, "cuyos principios y organización derivan en buena parte de los planteamientos de Ortega en *Misión de la Universidad*" (Domingo Marrero, 1956, 185), que tuvo como objetivo proporcionar a los estudiantes la capacitación de acumular conocimientos para que con ellos pudieran discernir y criticar. A partir de esta Facultad fueron surgiendo especializaciones de rango superior como el Departamento de



Humanidades y el Departamento de Ciencias Sociales, del que Francisco Ayala fue uno de sus más insignes profesores y fundadores, ya que empezó como profesor en 1949, donde impartió un curso de *Introducción a las Ciencias Sociales*, título que se convirtió más tarde en libro de gran prestigio para las dichas ciencias (Madrid, 1952), y que sirvió de texto básico en el citado Departamento. Entre muchas otras actividades fue fundador y director de la revista *La Torre*, en la que publicó, en el nº 18 (1957), su idea de la universidad, donde expuso sus principios reformistas para una sociedad de masas que empezaba a necesitar una nueva organización universitaria. Junto a este artículo, otros autores afines a F. Ayala se plantearon, por ejemplo, la necesidad de revisar el vocabulario de las ciencias sociales y de la historia, así lo hizo Alfred Cobban, en 1957; mientras Jaspers había reflexionado sobre los cambios de actitud ante la tarea científica en la revista

nº 3, en 1953. En muchas de estas páginas se puede comprobar que se trata de revisiones muy importante para esta mitad de siglo.

La editorial universitaria de Puerto Rico fue muy ambiciosa y se embarcó en un gran proyecto con el que quería dar a conocer a los estudiantes los libros más importantes de cultura universal, con la publicación de la Biblioteca de Cultura Básica, donde se publicaron libros de Homero, Dante, Goethe, Shakespeare, Hobbes... y todos los clásicos españoles. En cada número semestral de *La Torre* iban apareciendo los libros publicados en dos apartados: *Reseñas de Libros y Bibliografía* (puertorriqueña, española, argentina y mexicana, básicamente). El inicio de la década de los cincuenta fue muy productivo. Se crearon además, el Centro de Investigaciones Sociales, La Escuela de Administración Pública y más de 500 estudiantes especialmente de Hispanoamérica empezaron a estudiar en el proyecto llamado Punto Cuarto que comprendía estudios de Economía, Doméstica, Agronomía y Administración Pública.

La política universitaria de Benítez contó para todo ello con la ayuda de los españoles exiliados, a quienes abrió las puertas de la Universidad, "a fin de que la tradición hispánica de la isla no se perdiese dentro de un *status* político que les ligaba inexorablemente al mundo norteamericano", como comenta J. L. Abellán (1989, 326). De este modo, pasaron por la Universidad de Puerto Rico intelectuales y artistas españoles como Jorge Guillén, Pedro Salinas, Américo Castro, Francisco Ayala, Ferrater Mora, José Gaos, José Luis Cano, Ricardo Gullón, Antonio Rodríguez Huéscar, Enrique Tierno Galván... (más los colaboradores que venían o escribían desde España o los que estaban exiliados en otros países, como José Luis Aranguren, Julián Marías, Joaquín Casaldueiro, P. Lain Entralgo, J. Antonio Maravall, en el primer caso, o Guillermo de Torre, que escribía desde Buenos Aires, en el segundo caso, etc...)

Estos escritores, junto a otros no españoles, participaron desde la revista *La Torre* en algunos de los temas de mayor interés —en ese momento— para la evolución de la cultura hispánica en general. Intentaré hacer una síntesis de las principales ideas que viajaban de un continente a otro haciendo público su secreto. Son muchos los temas que aparecen en estas páginas, así que me limitaré a hablar de tres, que según mi opinión son los que revisten más importancia para España —y para los autores de estos

escritos que son fundamentalmente españoles—, y sin duda, para Puerto Rico, al menos durante esta década. Seguiremos, pues, el debate sobre la libertad de los intelectuales españoles; veremos las aportaciones críticas literarias de los españoles en este momento, sobre todo el caso de Juan Ramón Jiménez; e intentaremos analizar la influencia y la evolución de los discípulos de Ortega que con el exilio ampliaron y revisaron su labor filosófica.

Sobre la libertad de los intelectuales españoles

Este debate, sin duda, no se inicia en esta revista ni en estos años. Ya en 1940, en la revista *El Tajo* de Madrid, Gonzalo Torrente Ballester había escrito un artículo alabando el papel de la "España Peregrina" y lamentando el papel casi nulo al que estaban constreñidos los intelectuales en su propio país. Pero el debate más profundo empezó a airearse a principios de los cincuenta. En 1951, apareció en la revista *Brooks Abroad* de Norman (Oklahoma) un artículo de Robert G. Medd jr., titulado "Dictatorship and Literature in The Spanish World", que Julián Marías rápidamente respondió desde España en el nº 86 (15 de febrero de 1953) de la revista *Insula*, debate que continuó José Luis Aranguren desde *Cuadernos Hispanoamericanos* (nº38, febrero de 1953), siendo secundados por Fernández Figueroa y Dionisio Ridruejo entre otros. Sin embargo, lo que nos interesa destacar es que fue en *La Torre* donde se profundizó sobre esta polémica. Guillermo de Torre publica en 1953 un estado de la situación y al tiempo polemiza con Julián Marías por su actitud defensora del sistema franquista, en su artículo "Hacia una reconquista de la libertad intelectual". José Luis Aranguren, el mismo año, en el siguiente número publica "La condición de la vida intelectual en la España de hoy", donde matiza algunas ideas interesantes planteadas por Marías, aunque no entra en la polémica anterior. Entre J. Marías y J.L. Aranguren dieron un nivel al debate que hasta entonces no había tenido, ya que iniciaron realmente el diálogo entre los exiliados y los no exiliados, entre quienes parece que no existían tantas fronteras como los "mirones" podían o querían sospechar. Este diálogo permitiría —según opinión manifestada por los propios autores— a los exiliados "activos" evitar el anacronismo de pensar que en España nada cambiaba, permitiéndoles pensar con mayor objetividad sobre aquel país que habían tenido que abandonar y ayudándoles a no idealizar el

paraíso perdido. Por su parte, los exiliados "pasivos" podían conocer ese mundo de fuera que no les era ni enemigo ni ajeno.

La revista *La Torre* demuestra, una vez más, que lo paradójico está siempre presente. Los intelectuales españoles, a pesar de las dificultades, publican libros y revistas de gran calidad, lo que anula el tópico de que la censura y la prohibición acaban con la libertad creadora; aunque sin duda disminuye, sin embargo aquí está esta revista, la mayor parte de cuyos colaboradores son españoles. Y sucede lo mismo con otras revistas americanas como *El mar del Sur* de Lima, *El Sur* de Argentina y *España Peregrina*, *Romance* y sobre todo *Cuadernos Americanos* —entre otras— de México, o las propiamente españolas como *Ínsula*, *Índice* o *Cuadernos Hispanoamericanos*...

Al leer estos artículos, notamos que las diferencias entre los intelectuales de aquí y de allá no radican en su situación geográfica: la verdadera diferencia de esta absurda división entre los de "fuera" y los de "dentro" está en la libertad. La realidad interna sufría una censura adversa para la expresión en libertad; la iglesia y el "Opus Dei" contribuyeron al silencio de los intelectuales sobre temas existenciales, a menudo por miedo a no hablar con claridad. Por el contrario —como afirma Aranguren— se escribe mucha poesía, dado que pocos la leen y por tanto pocos se atreven a meterse con ella. Marías habla de la "censura interna" de los de dentro, la que cada escritor ejerce sobre sí mismo; según él, ésta puede llegar a ser más fuerte e intransigente que la censura real y exterior. Guillermo de Torre no soporta este tono disciplinario y reglamentista, y le contesta que esos miedos no se crean sin una política censuradora previa, pues sin duda es un efecto de ella. La libertad no engendra complejos ni inhibiciones y sólo desde ella se puede ser un auténtico intelectual. Según éste, Marías no ve la relación entre libertad intelectual y libertad política y eso le parece un grave error, no existe una sin la otra. Dice que Marías es un escéptico por confundir el sentido del término "libertad" —al decir que la falta de libertad está en las limitaciones de la misma, hecho por el cual ni Europa ni ningún país comunista o capitalista han llegado a tenerla—. Guillermo de Torre le reprocha que intente justificar las presiones de su gobierno y no le perdona la falta de hostilidad hacia el mismo; para él es un crítico demasiado parcial que confunde una "limitación de base" con las "limitaciones impuestas".

Esta discusión sincera y en libertad demuestra la evolución del debate, que va eliminando el tono dramático y sectarista, se va haciendo más crítico e inteligente y va ganando la confianza de los lectores.

Por su parte, José Luis Cano contribuye a profundizar en el debate sobre la división o no de los intelectuales españoles: primero, informa en 1953 sobre el tipo de publicaciones que se han presentado en La Feria del Libro de Madrid de este año, manifestando su pobreza en cualquier ámbito, aunque no analiza apenas la situación. Pero en 1954, en su "Carta de España: Mirando a Catalunya", nos habla de otro tipo de división, la de los castellanos y los catalanes, al margen de que éstos sean "exteriores" o "interiores" –"desterrados" o no–. Otra "división" que está en boca del público más que en los hechos reales de los intelectuales y que, como en el caso anterior, parece que es menos geográfica que política: "La visión simplista que conducía a aquellos extremos de incomprensión –se refiere esta vez a la prohibición de publicar en catalán– consistía en querer implicar toda manifestación literaria en catalán, incluso la publicación de un poema abstracto, en el problema político. Es decir, en querer ver un peligro político donde había sólo un hecho literario y lingüístico" (J.L. Cano, 1954, 151–154). El autor gaditano quiere demostrar que existe alguna relación intelectual entre los españoles y los catalanes, para ello habla del encuentro entre ellos en Congresos y publicaciones que empiezan a realizarse a partir de 1952: el I Congreso de Poesía de Segovia, el II Congreso de Poesía de Salamanca, la colección poética "Adonais", que en 1952 traduce a los principales poetas catalanes, etc...

Nadie dice que las diferencias políticas no han existido en esta España, la guerra es una prueba palpable, pero sin duda los políticos se han empeñado en crear unas diferencias y unas divisiones entre los intelectuales, que ellos mismos han intentado –muchos al menos– denunciar en el mismo momento en que sufrían sus consecuencias, y desde aquellos lugares que les permitían expresarse con libertad. A pesar de su lucha, las situaciones contradictorias y adversas consiguieron confundir muchas posiciones, sobre todo en los primeros años de la posguerra, pero a principios de los cincuenta los escritos empezaron a ser claros.

El caso de Buenos Aires y sobre todo el de México fueron sin duda muy importantes para los exiliados españoles a la hora de obtener su libertad y poder desarrollar su actividad creadora. Pero considero que

el caso de la Universidad de Puerto Rico y de su revista ocupan cualitativamente uno de los primeros lugares que facilitará el desarrollo de la intelectualidad y de la creación literaria española. Probablemente gracias al espíritu democrático que allí se practicaba entonces y del que nos habla Ayala cuando nos dice en sus memorias: "En la formación de esa nueva clase media desempeñaba un papel fundamental la Universidad de Puerto Rico, donde debía trabajar yo, institución sostenida con fondos públicos que, mediante un generoso sistema de becas ajustado a las necesidades particulares de cada estudiante, hacía efectivo el principio democrático de igualdad de oportunidades..." (Ayala, 1988, 386). Su relación con Argentina nunca fue tan decisiva, pues parece que el gobierno argentino no tuvo la misma buena predisposición para ayudar a los españoles, pero éste es otro tema del que no nos ocupamos ahora.

Aportaciones críticas literarias: el caso de Juan Ramón Jiménez

Uno de los lamentos más frecuentes de los artistas y de los intelectuales españoles surge del miedo a no poder seguir creando; al temor de no aportar nada como creadores por falta de esa libertad de la que hemos hablado hasta aquí. Sin embargo, la concesión a Juan Ramón Jiménez del Premio Nobel en 1956 significaba el reconocimiento a la calidad estética de nuestra literatura, a pesar de la dictadura. Quizás sea obligado decir de la literatura del exilio, pero no me gustaría ahora, después de todo lo dicho, contribuir al equívoco de que la buena literatura española fuera la del exilio –el propio León Felipe dijo en algún momento que los españoles del éxodo y del llanto se habían llevado la canción, opinión que rectificó en 1959 (Aznar Soler, 1997)–. Más tarde, hemos podido comprobar la calidad de la que hablamos.

El premio animó a lectores y escritores a revisar y estudiar mejor la obra del poeta. Fue Puerto Rico, su país de acogida, el que llevaría a cabo más iniciativas en este sentido y particularmente la revista *La Torre* en los números 19 y 20 de Julio–Diciembre de 1957, donde se celebró el primer homenaje importante después de su muerte. En él están presentes los testimonios de Alfonso Reyes, con quien había fundado, en Madrid, en 1921, la revista *Índice* y de quien fue amigo hasta su muerte; el de José Luis Borges, según el cual, en 1957, nadie como

él encarna el tipo de poeta, "ese hombre sensible que conmemora una intimidad amorosa" (Borges, 19–20); y Jean Cassou, Director, entonces, del Museo de Arte de París, para quien el desdén de Juan Ramón, su "negativa", es un modo de "ascesis" llevada al fondo de la verdad y al desprecio de lo que no es el fondo... Muchos son los autores que quieren dar testimonio de su admiración, pero al tiempo una serie de artículos críticos tratan de definir la lírica juanramoniana.

De todo ello, me interesa resaltar los artículos de *La Torre* que analizan las aportaciones del poeta como crítico literario, dado que me interesa comprobar el alcance que tiene la crítica española fuera de España en esos años cincuenta, su importancia y su reconocimiento. Su importancia como poeta ya la había corroborado el Premio Nobel.

En estos artículos queda justificado y documentado por primera vez que J. R. Jiménez había sido, además de uno de los mejores poetas, un excelente crítico literario. Su crítica más reflexiva data de 1920, época en que se relacionó con críticos tan importantes como Curtius, a quien escribió en 1924, diciéndole: "A mis 42 años siento, pienso, veo que ahora comienzo" (*Unidad*, 27 de sept. de 1924). J. R. Jiménez habla de su autoconsciencia poética. Como consecuencia, Ángel de Río, profesor español en la Universidad de Columbia, escribe en este número que todo poeta es crítico de su arte y que la ley se cumple en Juan Ramón, aunque con una diferencia, él es "sólo arte: lo espontáneo sometido a lo consciente... como si no fuese creador" (A. Del Río, 1956, 28). El mismo poeta había dicho en 1933: "Intento una poesía como creador, una crítica jeneral como si yo fuese creador" (JRJ, 1933).

Juan Ramón posee, pues, una inteligencia poética y creativa para entender el fenómeno poético, la cual le confiere ese sentido puramente estético con el que hace su poesía, pero también los retratos, caricaturas o evocaciones, donde el recuerdo personal va unido a una extraordinaria capacidad recreativa del clima espiritual de cada personaje, como hace cuando habla de Valle Inclán, de Villaespesa o de Salvador Rueda.

Esa capacidad es la misma que le lleva a ser uno de los iniciadores de la crítica modernista. Apenas conocer la obra de Rubén Darío, en 1900, le escribe diciéndole que es el mejor poeta después de Zorrilla; en 1911, insiste en ello. Su admiración por Rubén le lleva a conocer a otros poetas modernistas y algunos que no lo son –en gran medida gracias al asesoramiento de Francisco Villaespesa, su amigo

en Madrid–: gracias a él leyó *Los raros* de Rubén (uno de sus libros preferidos), a Gutierrez Nájera, a Julián del Casal, a Lugones, a Jaime Freyre, a Valencia, a J.J. Tablada, a Amado Nervo y a Silva, o sea, que remata con creces el trabajo de Juan Valera y de D. Miguel de Unamuno, quienes habían sido los iniciadores de la crítica hispanoamericana en España. Juan Ramón, en los primeros veinte años va conociéndoles en profundidad; desde el principio muestra una actitud muy favorable hacia ellos y hacia el Modernismo proclamado por Darío y ya en el destierro publicará críticas más reflexivas en revistas como *Nosotros*, *Revista de América*, *Letras de México* y en la propia *La Torre*. Como crítico y admirador del Modernismo, unas veces se vuelca a él diciendo: "A nuestra Patria –que pasará a los siglos como el símbolo de la tristeza– no llegaba nunca la Hora Rosa; todos dormían sobre el Laurel de los genios muertos [...] En cambio, allá tras de los mares, nuestros hermanos de América aprestábanse a la liza con armaduras nuevas, lanzas nacientes y empuje juvenil" (1944, 20).

En 1936, aún en España, afirma la perduración del espíritu modernista como movimiento de la sensibilidad contemporánea, apunta la presencia parnasiana como cambio de ritmo, y el enriquecimiento de la experiencia poética que supera lo exótico y entra en lo mágico y profundo –utiliza para ello el caso de Valle Inclán y lo publica en *El Sol*–. Habla de un nuevo lenguaje poético, que no es exclusivamente modernista. Ángel del Río recuerda cómo, un año antes, en *La Voz* (18 de marzo, 1935), Juan Ramón había resumido sus propósitos para la poesía: debía extender los límites del modernismo como fenómeno renovador de época y renacimiento de la poesía de habla española en el siglo XX; establecer continuidad con corrientes profundas de la tradición poética española y separar lo pasajero, accidental y retórico, de lo espiritual y profundo. Con ello se desmarcaba del Modernismo y se sumergía en su poesía pura –aunque en la prosa su tono continuó rebuscado y retórico, herencia del recargamiento barroco y elegancia modernista que no abandonó nunca–.

J.R. Jiménez critica abiertamente el Modernismo poético a partir de los años cuarenta, ya en su destierro definitivo –aunque él aún no lo supiera–, y al tiempo escribe sobre "La crisis del espíritu de la poesía española contemporánea", donde intenta reflexionar sobre las particularidades de la poesía española. Empieza afirmando su confusión entre la

poesía hispanoamericana y la española: "La poesía española y la hispanoamericana, tan rica, diversa, aspiradora [...] se me confunden más aquí que en España ¿Ha existido una relación estrecha y seguida entre las dos? Sin duda, Bécquer [...] había ya influido mucho en esta romántica América Española. Y si Darío, el poderoso Rubén Darío, tras sus contemporáneos, maestros, discípulos y amigos, José Martí, Salvador Díaz Mirón, Jose Asunción Silva, Julián del Casal, Leopoldo Lugones excitaban luego a España con sus voces, ellos fueron excitados por muchas voces españolas antiguas y modernas en trueque familiar. Este proceso y sus derivaciones se han visto después con toda claridad. Los poetas siguientes a Darío y Unamuno en España y América se intercambian y de un modo particularmente extenso y profundo" (J.R.J., 1949, 15–16). Pero más allá de la confusión hay algo que las diferencia: el pasado, las otras literaturas españolas... J.R. Jiménez se había fijado, sobre todo, en el mundo criollo civilizado y cosmopolita de América, no en el indómito (Teresa Babín, 1957, 163–178) y esa misma literatura sofisticada y artificiosa va a ser la que rechazará para buscar algo que, en la poesía española, dice encontrar en los poetas regionales como Rosalía de Castro, Curros, Verdaguer... y en una Institución de la que había surgido el pensamiento español del siglo XX, la Institución Libre de Enseñanza. Desmarcándose de Rubén dice: "Tampoco se asomó Rubén Darío a la Institución Libre de Enseñanza, donde se fraguó antes que con la Generación del 98, la unión entre lo popular y lo aristocrático, lo aristocrático de intemperie, no se olvida [...] La Institución fue el verdadero hogar de esa fina superioridad intelectual y espiritual que yo promulgo. Más tarde, yo llevé la obra de Rubén Darío a la Institución y fue gozada por aquellas mentes abiertas, con algún reparo sobre lo decadente." (J.R.J., 1946, 145–153). Sobre la importancia de lo popular en la poesía española ya había escrito, en la Revista Cubana, en 1937, una "Notilla (a una conferencia de D. Ramón Menéndez Pidal)" donde dice que desde el poema del Cid hasta Lorca y de Berceo a Miró los poetas españoles se van situando en dos líneas, una popular, colectiva e impulsiva y otra minoritaria, individualista y estática; para concluir que la mejor poesía contemporánea viene intentando unir las, "unión que ya fue conseguida en el mejor Romancero, en Jorge Manrique, en San Juan de la Cruz, en Gil Vicente, en Bécquer". También entonces habló de la

importancia del Simbolismo en el despertar poético español de este siglo, debido, según él, a lo que tenía de español en su origen: el misticismo. Teresa Babín, Angel de Río, Ricardo Gullón ... hace recuento de estas aportaciones –la mayoría desconocidas– en el número homenaje de 1957.

J. R. Jiménez fue elaborando una excelente crítica sobre la literatura hispanoamericana y sobre la literatura española, la cual recibieron de primera mano revistas hispanoamericanas como *La Torre*, *Letras de México*, la *Revista de América*, o la *Revista Cubana*.

Situó el Modernismo como movimiento de gran trascendencia para el renacimiento de la lírica hispánica en el siglo XX, y le secundaron otros críticos españoles, aportando ideas a su trabajo, como Díez Canedo y Ricardo Gullón desde esta revista.

Las aportaciones críticas de Juan Ramón Jiménez ultrapasarón el ámbito español y llegaron a los EE.UU. Sus elecciones poéticas y su modo de vida le habían unido a Hispanoamérica, más que a su Europa contemporánea, incluso a veces más que a su propia España. Su matrimonio con Zenobia Camprubí Aybar, hija y nieta de puertorriqueños, le había llevado a esta isla en 1936, siendo ésta su segunda visita y la definitiva. Pero ya en su primer viaje, el de recién casados, ambos conocieron a grandes poetas de lengua inglesa a los que se dedicaron a traducir entre los dos y por los que se sintieron más vinculados a las tierras anglosajonas. Leyeron y tradujeron a Shelley, Yeats, Frost, Lowell, Thompson, Blake, Synge...

Con su matrimonio Juan Ramón había emparentado con familias de los EE.UU., pues un hermano de Zenobia, José Camprubí fue el fundador del periódico neoyorkino *La Prensa*, y a esta ciudad viajaron en repetidas ocasiones. El poeta, en su viaje de destierro, llegó primero a Puerto Rico y después viajó a Cuba y a Florida. Visitó Nueva York por temporadas breves, durante las cuales impartió cursos y conferencias en las universidades de EE.UU. Estuvo en Miami, Maryland y Washington. Volvió a Puerto Rico en 1951, a su "isla de la simpatía" donde se quedó, donde recibió el Premio Nobel, que fue recogido por su amigo Jaime Benítez en su nombre, donde enfermó, donde murió su esposa Zenobia Camprubí ese mismo año del Nobel, 1956, y donde murió él al año siguiente.

En todos sus viajes, fue repartiendo su imagen minoritaria. Cuando ganó el Nobel no era muy conocido –Harvey Breit, crítico del New York Times,

confesó haber tenido que recurrir a Ramón Sender para saber quién era—, pero muchos jóvenes se habían iniciado con él y poco a poco fueron desvelando su gran calidad poética. Entre 1936 y 1956, la Editorial Losada, en Buenos Aires, fue publicando su obra, y múltiples poesías y artículos fueron publicados en revistas como *Repertorio Americano*, *Asonante* (Puerto Rico), *Cuadernos Americanos*, *Nadie parecía* (Cuba)...

Sin duda, en Puerto Rico era bien conocido. Lejos de la imagen seria, melancólica y triste del poeta, en la isla tenía fama de saber conversar y entenderse con los niños, llegándosele a llamar "El niñodios de los niños" (Eugenio Fernández Méndez, 1957, 137). Con el tiempo todo el mundo lo conoce. Su importancia se nota ya en el homenaje de 1957: sobre él escriben españoles (J. Luis Cano, Ricardo Gullón, Ventura Doreste, Rafael Santos Torroella, Tomás Segovia, Julián Marías...), americanos (Eugenio Fernández Méndez, Ramón de la Serna —hijo de Concha Espina—, M^a Teresa Babín, Nilita Vientós Gastón, Graciela Palau de Nemes, Eugenio Florit...) belgas, franceses y el italiano Oreste Macri... Muchos de ellos, la mayoría, eran profesores en universidades, lo que precipitó su difusión y con ella la de la literatura española.

No quiero cerrar este apartado sin mencionar la relación epistolar que se establece en esta revista entre Juan Ramón Jiménez y Antonio Machado, relación en la que se trasluce, sobre todo, la personalidad de estos dos grandes poetas: la firmeza del puro y ya maduro J. R. Jiménez frente a la flexibilidad y el atrevimiento casi indiscreto del joven Antonio Machado. Además de los inéditos poemas que se dedican, todo ello publicado en la revista n° 25 (enero-marzo) de 1959.

José Ortega y Gasset en Puerto Rico

Este no es un tema literario, pero, como hemos visto en la introducción del artículo, su importancia determina el interés por la cultura y por la literatura españolas. Dado que me he ocupado de la década de los cincuenta —pues por la abundancia de material no podía abarcar los sesenta— debo decir que hay un antes y un después a partir de esta década para la cultura—literatura española, y en un porcentaje altísimo esa frontera la marca la influencia de Ortega y Gasset en filosofía y de J. R. Jiménez en literatura, cuya fama y cuyo reconocimiento son el trampolín para este lanzamiento cultural desde Puerto Rico.

1956 marcó el disparadero de Ortega: había muerto el 18 de octubre de 1955 y la revista *La Torre* le hizo un homenaje. Bullía la necesidad de los intelectuales españoles de expresarse con libertad. En la revista se revitalizaron algunas ideas suyas, valorando la supervivencia intelectual de éstas. Luis Díez del Corral defiende la "nueva forma de cultura orteguiana" que reclamaba una vida selecta y armoniosa, una vida como arte, el refinado sentir, el saber amar y desdeñar, la necesidad de dejar de falsificar..." Pero alguna de estas palabras suenan a tópico de homenaje por la falta de profundidad de algunos de los escritos, quedándose en puro reconocimiento los escritos de Díez del Corral, Manuel Durán, Jose Antonio Maravall, Pedro Lain Entralgo o Julián Marías, entre otros. Hay otros artículos que tratan de ser más polémicos: Alfredo Stern lo compara con Sartre y distingue entre el existencialismo de éste y el esencialismo del filósofo español; José Antonio Torres polemiza sobre los supuestos de la reconstrucción social de Ortega; para el autor, la idea de la vida orteguiana no constituye un principio suficiente para dar una explicación política, puesto que esta realidad tiene su índole particular, diferente por naturaleza de las formas de concepción inherentes a la teoría de la vida humana.

Pero el intento más serio de actualización del filósofo lo van a hacer dos de sus discípulos, grandes conocedores de su obra y tal vez por eso, y sin duda por su talante intelectual progresista, objetores de la misma: José Gaos y Ferrater Mora.

José Gaos nos habla de dos Ortegas posibles, dado que uno imposibilita al otro. La política siempre dominó la obra de Ortega, dice Gaos, como "meditador" de la misma; intentó salvar las circunstancias españolas por medio del concepto, de la creación de una cultura greco—germánica en oposición a la latina, pero la circunstancia internacional entró en crisis y su desenlace fue objeto de la más perpleja incertidumbre. A partir de ahí Gaos divide en dos a Ortega, el primero, gozoso y optimista; y el segundo casi atemorizado, indignado y amargado, que pasa de creer en la profecía histórica a tener la vida humana por imprevisible (Gaos, 1956, 135). Según Gaos nos queda un primer Ortega pedagogo y el segundo, un Ortega crítico, donde desaparece el filósofo profético de un futuro con "sentido deportivo y festivo de la vida" que había decretado en "El intelectual y el otro". Gaos ve en Ortega una inteligencia con dotación más artística que analítica, por ello rechaza lo que tiene de

circunstancial, anecdótico y asistemático, pues, aunque como dice el apotegma en la existencia no hay sistema, para Gaos es fundamental. Incluso la literatura y la crítica literaria, sobre todo esta última, van a opinar así.

Ferrater Mora dice que en Ortega hay una cierta inclinación hacia el sistema, concretamente cuando trata de programar el futuro, lo que le hace poco objetivo, por eso lo define como perspectivista. A Mora le parece que Ortega utilizó en su primera etapa (1902–1913) un objetivismo que luego perdió de vista, haciéndose neokantiano al preferir la epistemología y lo metodológico pero sin fundamentación metafísica. Según él, yerran los que califican al filósofo de racionalista, pues aplicaba la disciplina espiritual como método para "la re inserción social" esta mezcla de ideas, según Mora, desbordan el racionalismo.

A partir de los cincuenta, Ortega es visto de una manera más crítica desde la filosofía, pero sin olvidar sus aportaciones ideológicas, sus traducciones, su vastísima cultura, que fue una auténtica fuente de estímulos para los españoles de la primera mitad del siglo. Y además, quizás valga la pena valorar, tema del que hablan varios artículos de la revista, al literato: perfeccionista a la hora de definir los conceptos de "las cosas mudas que están en nuestro alrededor", sus imágenes encabalgadas llenas de erotismo narcisista, de afectado patetismo y de superabundancia entre extraordinaria y vulgar que puede lindar con la cursilería (Gaos, 1956, 132). En cualquier caso un creador de lenguaje que ha hecho pensar sobre él.

Quizás este homenaje junto a otros contemporáneos sirvieron de punto de inflexión para el pensamiento español; una respetuosa aunque también obligada crítica, empezó a opacar el deslumbramiento que el gran maestro había tenido antes de la guerra civil. Su silencio y su actitud reservada le alejó del republicanismo; la Escuela de Madrid desapareció con la guerra al disolverse la plataforma universitaria y al renunciar Ortega a su liderazgo natural, así que sus discípulos tenían que encontrar su camino (Garagorri, 1985, 256) y en esta revista de 1956 empezamos a ver artículos que lo

demuestran, sobre todo como hemos dicho, el de José Gaos; otros menos evidentes, pero interesantes – porque no se quedan en el puro testimonio de los de Julián Marías, Antonio Rodríguez Huéscar o Jose Antonio Maravall– son el de Recasens Siches y el de María Zambrano, ambos, como todos los anteriores, discípulos suyos. El interés de estos artículos quizás radique en que se publicaron un año después de la muerte de Ortega, a partir de la cual estalla la polémica y la necesidad de saber qué pasa con la filosofía española.

Ortega había sido amigo de Hispanoamérica. Desde 1916, su presencia fue regular; donde más viajó fue a Argentina, llevado por el tucumano Alberto Rougés, acogido por Alejandro Korn y admirado por Victoria Ocampo, quien lo tuvo entre los prestigiosos colaboradores de la revista *Sur*, y celebrado por muchos otros (Aníbal Sánchez Reulet o Francisco Romero, *Imago Mundi*, nº2, 1953). Ortega piropeó al nuevo continente por sus valores, proponiéndolo como modelo para el español que asistía al "aniquilamiento de los mejores", y sugiriéndoles "la travesía para reconfortarse" (Ortega, 1983). También viajó a Uruguay y a Chile pero nunca llegó a Puerto Rico.

Sin duda, la figura de Ortega fue muy importante para Hispanoamérica, pues su fama le precedía. Pero la influencia verdadera la ejercieron sus discípulos– José Gaos, Francisco Ayala...– quienes desde sus cátedras y a partir de su muerte explicaron a Ortega, le respetaron y rectificaron algunos de sus errores filosóficos, al tiempo que consolidaban la pervivencia de la filosofía española, primero en Puerto Rico, luego en México, después en Estados Unidos y poco a poco en España mismo.

La recuperación del pensamiento filosófico y literario español después de la crisis de la Guerra Civil podría ubicarse a mitad de los años cincuenta; y a partir de estos dos grandes bastiones que son J. R. Jiménez y Ortega y Gasset. Pienso que la revista *La Torre* apuntó con gran acierto para iniciar muy en serio el despegue de nuestra cultura. La prueba está en algunos de los escritos que hemos recuperado en este artículo.

Bibliografía

Abellán, José Luis, 1989, *Historia crítica del pensamiento español. La crisis contemporánea III (1875–1939)*, Tomo VIII, Círculo de Lectores, Barcelona.

Aranguren, José Luis, 1953, "La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración" *Cuadernos Hispanoamericanos*, nº 38, Madrid.

_____, 1953, "La condición de la vida intelectual en la España de hoy", *La Torre*, nº4, Octubre–diciembre, Puerto Rico.

Ayala, Francisco, 1957, "Universidad y sociedad de masas", *La Torre*, nº 18, Enero–Junio. Puerto Rico.

_____, 1988, *Recuerdos y Olvidos*, Alianza Tres, Barcelona.

Aznar Soler, Manuel, 1997, "Cultura y literatura del exilio republicano español de 1939 en México" en *Monográfico sobre el exilio español (1939–1977)*, Barcelona, Taifa.

Babín, M^a Teresa, 1957, "Juan Ramón Jiménez en América (1936–1956)", nº19–20, *La Torre*, Puerto Rico.

Benítez, Jaime, 1953, "En la clausura del Centenario", *La Torre*, nº 2, julio–diciembre. Puerto Rico.

_____, 1956, "Homenaje a Ortega y Gasset", *La Torre*, nº 15–16, julio–diciembre. Puerto Rico.

Cano, José Luis, 1953, "Carta de España: Mirando a Catalunya", *La Torre*, nº 5, Enero–Marzo. Puerto Rico.

_____, 1957, "Juan Ramón Jiménez y Ruben Darío", *La Torre*, nº19–20, Julio–Diciembre. Puerto Rico.

Díez del Corral, Luis, 1956, "Saber y Personalidad de Ortega", *La Torre*, nº 15–16, julio–diciembre. Puerto Rico.

Fernández Menéndez, Eugenio, 1957, "Juan Ramón Jiménez, El niño dios de los niños", *La Torre*, nº 19–20, Julio–Diciembre. Puerto Rico.

Ferrater Mora, José, 1956, "Una fase en el pensamiento de Ortega: el objetivismo", *La Torre*, nº 15–16, julio–dic. Puerto Rico.

Gaos, José, 1956, "Los dos Ortegases", *La Torre*, nº15–16, julio–dic. Puerto Rico.

Gullón, Ricardo, 1957, "Símbolos de la poesía de Juan Ramón", *La Torre*, nº 19–20, julio–dic. Puerto Rico.

Jiménez, Juan Ramón, 1953, "Ideología Lírica", *La Torre*, nº 5, Enero–Marzo. P.R.

Marías, Julián, 1956, "El problema de la libertad intelectual", *Insula*, nº 86, (15 de febrero) Madrid.

Marrero, Domingo, 1956, "Crítica de la ciencia y concepto de la filosofía en Ortega", *La Torre*, nº 15–16, P.R.

Río, Angel del, 1957, "Notas sobre crítica y poesía en Juan Ramón Jiménez: El Modernismo", *La Torre*, nº 19–20. P.R.

Roggiano, Alfredo, 1956, "Estética y crítica literaria en Ortega y Gasset", *La Torre*, nº15–16, P.R.

Torre, Guillermo de, 1953, "Hacia UNA RECONQUISTA DE LA LIBERTAD INTELECTUAL", *La Torre*, nº 2, julio–dic. P.R.

_____, 1957, "Cuatro etapas de Juan Ramón Jiménez", *La Torre*, nº 19–20, P.R.